



Año XLVI

ORIHUELA 1 MAYO DE 1928

Num. 1065

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

Horas de luz

Así se titula un libro de oro en el cual son publicadas las instrucciones doctrinales que el Cardenal Segura ha dado a los hombres en la Catedral de Toledo.

De entre las muchas bellísimas elegimos la siguiente página.

«Había terminado la guerra europea. La victoria se había inclinado por uno de los bandos ¿Por qué? Salvo el designio de la Providencia que hemos de acatar y no hemos de discutir, la victoria se inclinó a uno de los bandos merced al valor denodado, a la inteligencia extraordinaria, a la pericia militar de uno de los generales franceses.

Cuando estaba temblando París con Francia entera, y con Francia, Europa, ante aquel avance arrollador del ejército teuton, cuando el estampido del cañón del 42 resonaba por todo el mundo, un hombre, un general veterano, infundió tal aliento a las tropas ya desmayadas que ceja la retirada y emprendieron el avance y la guerra llegó muy pronto a feliz término.

¿Quién era aquel general?

Era un creyente, un apóstol. Estaba ya retirado. Le habían llamado y volvía a empuñar las armas. Conocéis su nombre: era el general Castelnau.

Terminó la guerra y aquel bravo militar que no conocía el pavor, que no temblaba ante el riesgo de la lucha, aquel bravo militar se retiró a la vida tranquila de su casa. ¿A dormir sobre los laurels? No. El, que veía la situación de su patria, sabía perfectamente que si Francia había

vencido, Francia estaba derrotada por otros enemigos muchos más terribles que los enemigos que habían tenido que retroceder.

Y el general Castelnau, aquel valiente soldado de la patria francesa, emprendía la campaña de reconquistar a Francia para Jesucristo.

Y allí está. Se le oye, lo mismo en el amplio paraninfo de la Universidad, que en el pascio público; en las aldeas lo mismo que en las ciudades.

Es la primera vez después de la gran guerra. El general va a hablar a un millar de jóvenes que habían vertido su sangre por la patria. Ciertamente que no adivinareis el tema de aquella conferencia que el general dió a aquel millar de valientes jóvenes. To nó por tema; ¡pasmaos!: La salvación del alma.»

Los dos destinos

Las dos eran vecinas y amigas desde la niñez.

Las dos habían desplegado sus hermosísimas corolas al beso de una mañanita de mayo, de esas que llevan consigo rumor de perfumadas brisas, chillidos de gorriones y cortinajes de nácar y escarolata, por donde se asoman los ángeles del cielo a presenciar el panorama sublime de la Naturaleza agradecida, que por boca de sus fuentes, sus flores, sus pájaros, sus brisas y sus hethizos levanta un himno majestuoso a la grandeza de su Dios.

Una de ellas se llama Azucena, y tenía su frente blanca y sedosa como la frente de una Inmaculada de Murillo.

La otra se llamaba Rosa, y tenía

el color encendido, como las mejillas de una Madonna de Rafael.

Vivían cerca, cerquita en un mismo arriate del paradisíaco jardín de la Marquesa de los Mirabedes.

Cuando despertaban de mañana, la agradable impresión del fresco rocío, que la aurora al pasar por el jardín iba vertiendo sobre sus dormidas frentes, lo primero que hacían era levantarlas hacia el cielo y dar gracias a Dios por su bondad, por su hermosura y por todos los demás atributos, que se reflejan en la belleza de las flores.

Después se daban los buenos días y comenzaban su charla interminable, franca, como la charla de dos amigas que se entienden.

Las flores también hablan, también cantan; pero su lenguaje y su melodía son tan espirituales, tan sublimes, que el hombre carnal no puede percibirlos; sólo las entienden esas almas de oído tan delicado y tan fino, que hasta sienten el aleteo de los ángeles, cuando vienen a darles compañía. Una pastorcita de Domremy la hermosa Juana de Arco, por ejemplo.

Por eso San Ignacio de Loyola, cuando iba por el campo, las oía hablar tan claro, entendía tan bien su lenguaje, que al oír las cosas que de su Dios hablaban, las mandaba que callasen, porque su alma no podía soportar la avenida de consuelos celestiales en que por esas conversaciones se bañaba.

II

Vamos a sorprenderlas un día de mayo en que acaban de despertarse, porque un pícaro ruiseñor, que tiene su casa en la copa de una vecina acacia, no cesaba de hacerle gorgoritos a su dulce compañera, que au-

rrucada en el mulido nidito daba calor a cuatro desplumados guacharrillos.

—Buenos días nos dé Dios, Azucena.

—Dios te guarde, Rosita mía.

—¿Cómo has pasado la noche?

—No bien del todo, querida. Si vieras qué miedo me ha dado una lechuzza que se posó en el alero del tejado! No la oíste tú?

—¿Cá! Si he pasado la noche de un tirón!

—Hija, dichosa tú que tienes el sueño tan profundo. ¿Y las señoritas no se habrán levantado aún?

—Es muy temprano—dijo la Rosa mirando al sol, que envuelto en su manto de oro y pedrería comenzaba a asomar su rubia cabeza por una de las ondulaciones de los montes.

—¿Temprano? Te aseguro que Luisita estará oyendo la misa en la parroquia.

—Pues Amelia de seguro que duerme aún, fatigada del baile de anoche. ¡Ay, Azucena mía, quien fuera al baile!

—¿Por qué?

—Porque debe ser una cosa ideal. Eso de verse entre tanto lujo, entre tanta seda, entre tantas luces, prendida al seno de Amelia, a quien tanto quiero; ¡oh, si me llevara al baile!

—¿Y no estás mejor conmigo? ¿No te gusta más beber el fresco rocío de la mañana, dejarte besar de la brisa que juega con nuestros tallos, invitar a las mariposas con el néctar de nuestros cálices? Si fuese ir al templo con Luisita! Allí sí que se debe estar contenta, tan cerca de nuestro Dios!

—Siempre lo mismo. ¿Y no te daría miedo el quedarte sola de noche oyendo el canto de la lechuzas de la torre?

—¿Cá! En presencia de Jesús Sacramentado, ¿quién tiene miedo? ¡Si vieras! Dicen que la función del mes de mayo está encantadora. La Virgen aparece entre nubes de tisú y de seda; varias de mi familia y de la tuya están a sus plantas, mirándose en ella. ¡Dicen que es tan hermosa, tan linda!

III

Rosa dió entonces un grito pequeño, imperceptible, un desahogo de su alegría.

Por una de las avenidas del jardín, que formaban las lilas morado pálidas, que como son más dormilonas

estaban aún son sus frentes inclinadas sobre los tallos, aparecieron risueñas como la cascada del jardín, alegres y ¡guetas como las mariposas que comenzaban a aletear sobre las flores, dos jóvenes, ambas hermosas, pero muy distintas ambas.

Una de ellas vestida de negro; la otra vestía un riquísimo peinador blanco. La que vestía de negro traía también el negro velo clásico de las mujeres españolas cuando van a misa; la que vestía de blanco ostentaba su rubia cabellera casi desprendida. La que traía el velo negro, volvía de la iglesia; la que ostentaba suelta su rubia cabellera acababa de levantarse de la cama.

IV

Las dos jóvenes venían en busca de sus favoritas.

La del blanco peinador tomó del tallo a la rosa y la llevó a su boca. La flor se estremeció de júbilo y bañó de perfumes el ambiente.

La del negro velo aproximó sus labios a la azucena, y la flor alzó con cariño su frente para besarla también como a hermana, y se juntaron los pétalos de las dos azucenas.

—¿Qué hermosa es!—dijo Amelia mirándose en la flor, que se puso roja de alegría.—Anoche quise llevarla al teatro, y se me olvidó; esta noche la llevaré al baile de la Condesa.

Luisita echó una mirada sobre la azucena y creyó que la flor se ponía triste.

—¡Jesús qué ganas tienes de ir al baile! Si fuese para llevarla al mes de mayo! Si vieras qué de flores y qué bonitas! Allí voy yo a llevar a mi azucena.

Amelia miró a la rosa y creyó que la flor se ponía triste.

—¡Jesús y que ganas tienes de la iglesia! ¿Para qué quiere la Virgen tantas flores?

—Cállate, Amelia, no digas esas cosas—exclamó Luisita; y se precipitó sobre una mariposa de alas amarillas con franjas azules y rojas, que revoloteando sobre su cabeza parecía que le decía: «¡A que no me cojes!»

V

¡Pobre rosa! ¡Qué fin tan triste el suyo!

Amelia, la hermosa reina de los salones, la llevaba prendida de su seno cuando entró en el baile de la Condesa.

La flor se moría de gozo.

Su dueña era allí la reina de las mujeres; pero ella... ella era allí la reina de las flores.

Mas, ¡ah!, ¡qué pronto cambió de dueño! Un pisaverde feo, repugnante, de bigotes rojos, pidió la rosa. Y Amelia, la ingrata Amelia, llevó sus manos de seda al pecho, se arrancó la rosa y se la dió.

La flor se moría de miedo.

Aquellos bigotes tan largos le asustaban; aquella peste a tabaco le asfixiaba; aquel olor a vicios le descomponía.

A poco volvió a cambiar de dueño segunda vez. Del cajal de aquella solapa pasó al pelo negro (negro como el alma de su dueña) de una mala mujer.

Y la pobre rosa, harta de llorar, mareada con los vales, envenenada con el vicioso ambiente de aquel salón, dobló su frente marchita, y en su agonía se acordó de su amiga la azucena.

—¡Oh y qué dichosa debe ser oyendo los dulces acantos que se entonan en la iglesia a la Reina de las Virgenes!

Aquel recuerdo fué el último de su vida; del pelo de aquella mujer desprendióse lánguida y sin aroma y rodó por las alfombras.

Sintió en sus últimos momentos que unos pies la hollaban al valsar; miró hacia arriba y quedó muerta de pena.

Eran los pies de su ama, de la reina de los salones, de su querida Amelia.

Y era verdad lo que la rosa había pensado

Su amiga la azucena dejó el vergel por la iglesia. ¡Qué hermosa estaba la iglesia! En un trono deslumbrante, reinaba la Madre del Amor Hermoso, y muchas luces, muchísimas flores, realizaban su hermosura.

La azucena, en medio de otras flores, contemplaba extática a su Emperatriz y el aroma de sus pétalos subía hasta las plantas de la divina imagen.

De pronto, un torrente de voces y armonías, que se mezclaban, que se entrelezaban, que se confundían, llenó el recinto del templo, cantando loores a la Flor de los Cielos, al Lirio de los eternos collados.

Aquello era encantador; la flor no pudo resistir tanta dicha; su corona se iba doblando hacia el suelo y su

aroma, que es el alma de las flores, iba evándose hasta Dios.

En los últimos momentos de su vida acordándose de su amiga la rosa.

—¡Oh qué infeliz debe ser oyendo los voluptuosos acentos del mundo! ¡Si hubiera venido conmigo!

Aquel recuerdo fue el último de su vida. Del florero donde estaba cayó rodando por las gradas del altar.

Sintió en sus últimos momentos que unos ojos la miraban. Alzó los suyos y quedó muerta de amor: eran los ojos de la Virgen, que la llamaba para trasplantarla a los pensiles de la gloria.

VI

Las dos almas de las flores tuvieron el mismo fin. Porque las almas de las jóvenes son flores, que tienen el mismo destino que éstas.

Unas se consumen en la voluptuosidad del placer y ruedan pisadas por las plantas de aquellos mismos que las cortaron de sus tallos.

Felices las que son cortadas del vergel de la infancia para ser trasplantadas al vergel de la religión.

ALBERTO RISCO, S. J.

CASOS Y COSAS

La Acción Francesa, que como saben nuestro lectores, ha sido condenada por el Romano Pontífice, está ya en el último período de la rabia impotente: en el de dar toques contra el aguijón.

Maurras ha dicho ya a la faz del día que él no es cristiano, ni lo ha sido nunca.

¡Era un incrédulo que se había aliado con los creyentes!

Es decir: era un lobo carnicero que se había metido, con piel de oveja, en la grey cristiana.

Como él, había otros muchos lobos y lobicos de mayo o menor cuantía, realizando su labor carnícera entre el pueblo fiel.

Y esos lobos no habían elegido rincones escondidos, ni lugares secundarios en la Acción Francesa, sino las jefaturas.

El Romano Pontífice los ha desenmascarado diciendo al pueblo fiel: ¡Esos, son lobos! ¡Huid de ellos!

Y los lobos, ciegos de ira, han exclamado: ¡Ciertamente éramos lobos!

Luego, de desmascarados han comenzado una campaña de mentiras contra la Sede Apostólica.

¡El Papa es un aliado de Mussolini, ha dicho Maurras.

Se había olvidado que no más que unos días antes, el Papa había hablado al fascismo desde la Cátedra de Pedro, con entereza apostólica, maravillando a Italia y a Europa.

El incrédulo Maurras, va a ver por sus propios ojos y a probar con propia experiencia que la Cátedra de Pedro es una roca inmovible contra la cual se estrella quien la embiste; también se va a convencer cuán verdaderas son aquellas palabras: Duro es dar coces contra el aguijón.

«En Méjico, dice el Obispo de Tabasco, Ilmo. Sr. Díaz, las campanas están mudas, los tabernáculos vacíos, allí no hay misas en público ni sermones, ni confesiones, a no ser con peligro de muerte, ni casamientos si no es con igual amenaza, ni se administra la Extremaunción si se exponer a riesgos heroicos, ni el bautismo, si no es por manos de laicos. Es verdad que el Padre Santo nos ha concedido inmensos privilegios, como el que los laicos puedan llevar la comunión a sus compañeros y que la misa con este objeto pueda ser dicha por los acosados sacerdotes en cortísimo tiempo. Pero estos mismos privilegios podrán servir a todos para darse cuenta de la verdadera situación mejor que cualesquiera otros hechos. Y se sigue celebrando la misa en Méjico, y sacerdotes y laicos han pagado con su vida el celebrarla o el estar presentes en ella.»

Mas no sólo son los católicos los que se expresan así.

«El Daily Express» que ha enviado un delegado especial a Méjico, a pesar de no ser católico ha terminado su relación diciendo: «El Presidente Calles y su administración han merecido la censura del mundo civilizado al realizar crueldades y una persecución innecesaria para gobernar.»

Cuando, pasados siglos, lean las páginas de la historia del liberalismo y cuenten los muertos que ha causado y las coacciones que ha hecho y las persecuciones de todas clases que ha promovido, seguramente, que al

liberalismo le cambian el nombre y le apellidan: «el salvajismo en los siglos XIX y XX.»

Calles será de los que se habrán ganado uno de los primeros puestos en esas páginas boehornosas.

Una de las encuestas actuales es sobre la pena de muerte.

¿Debe o no suprimirse?

Siguiendo las contestaciones un hecho hemos podido observar y es que todos los defensores de Calles y de la revolución rusa son enemigos de la pena de muerte.

¡La pena de muerte! ¡qué horror! Pero si la aplican Calles y los bolcheviques ¡ah! entonces.... duro y a la cabeza.

Esos señores no son francos en sus respuestas. Deberían decir: Nosotros somos enemigos de la pena de muerte si se aplica a nosotros; somos partidarios de la misma si se aplica a nuestros enemigos. Así hablabrían con franqueza y con verdad.

Una objeción:—Es que esos señores son enemigos de que la pena de muerte se aplique a los criminales comunes.

Una solución:— Ah, luego es que esos señores suponen a las víctimas de Calles y de los bolcheviques peores que los criminales comunes; y a los criminales comunes dignos de figurar entre sus partidarios y entre los componentes de los partidos de Calles y de los bolcheviques.

A. Herrán

El cuento del Arca de Noé

El señor Jeromo es un niño de ochenta años, con unos ojillos vivos y azules, que se quedan pasmados en un poema de incomprensión e incertidumbre en cuanto se le dice una palabra de doble sentido. Sabe el señor Jeromo cuatro o cinco cuentos. Los aprendió seguramente a los diez años, y todavía le producen, al contarlos, la misma hilaridad... Vais a formar conmigo parte del corro ante el cual el señor Jeromo va a contar uno de sus cuentos, Mucha atención, porque la cosa tiene toda la seriedad de una ceremonia ritual y antigua.

—Señor Jeromo, cuéntenos el cuento del Arca de Noé...

Los ojillos azules del señor Jeromo pasean primero una mirada escrutadora sobre el auditorio. Es avaro de su gracia sencilla. Sabe que es poseedor de un tesoro inestimable ya por su rareza. Le preocupa que pueda haber en el corro un señorito sombrón que no se ría. Si es así, el señor Jeromo se evade con esta fórmula inapelable: «hoy no hay humor...» Y no hay manera de sacarlo de ahí.

En cambio, si se decide a contarlo, empieza con esta advertencia sacramental:

—Guano. Allá va. Pero cuidao con no reirse hasta el final...

En seguida el señor Jeromo empieza a liar un cigarro. Es el rito pausado y solemne que acompaña a cuento. Uno y otro duran matemáticamente el mismo tiempo.

Se echa tabaco en la mano, y mientras lo va restregando con ceremoniosa lentitud, empieza.

«Pues, señor, esto fué cuando el Diluvio Universal. Los hombres habían sido muy malísimo. Y en castigo dijo Dios: ¡Agua val... Y empieza a llover llueve que te llueve, cuarenta días con sus cuarenta noches... ¡Casi na!

Pero Dios, para que no pereciera el mundo entero en aquella esabornación, había permitido a Noé llevara en el Arca una collera de cada clase de animales: una de codornices, una de gallinas, una de carneros...»

Uno de los aciertos más geniales del señor Jeromo es éste de prolongar las enumeraciones hasta producir una tensión vibrante en los oyentes. Es el efecto wagneriano de la repetición obsesionante de un mismo tema. Cuando ve que el auditorio ha llegado a la saturación, hace una pausa, echa el tabaco en el papel, y prosigue:

—«Pues güeno; parece ser que los animales chicos iban en el piso alto del Arca; la hormiga, el lagarto, el cien-pies, el bichito de lú... y abajo separados por un techo de madera, los animales grandes: el león, el toro, el camello, la jirafa...»

Llega en esto la primera noche la hora de dormir; y el señor Noé por toda el Arca tocando las palmas: ¡ea, señores, señoras; a acostarse que es muy tardísimo!...

Se mete cada animalito en su cama, y se disponen a dormir. Pero en

esto los del piso bajo empiezan a oír sobre el techo de madera, uno tras otro, una serie de golpes, iguales y seguidos: pún, uno; pún, dos; pún, tres; pún, cuatro...

Aquí el señor Jeromo hace sonar pausadamente hasta catorce o quince golpes. Empieza a liar con la multitud el cigarrillo. Prosigue:

—«Has a que el león, harto ya de coles, levanta la cabeza y le dice a la jirafa: Mira, niña, tú, que tienes el cuello largo, a ver si sacas la jeta por la ventana y te enteras de lo que pasa arriba, que no se puede pegar un ojo...»

La jirafa, muy obediente, alarga el cuello por el ventanuco, lo estira hasta el del piso alto y registra lo que ocurre. Mientras tanto siguen oyéndose en el techo los golpes, seguidos e iguales, como los de un batán: pún, diez y seis; pún, diez y siete; pún, diez y ocho...

Hasta que, al fin, la jirafa se coge el cuello, y con los ojos llenos de resignación ante lo irremediable, le comunica al león el resultado de su pesquisa:

—Na, hijo. El cien-pies, que se está quitando las botas.

Al llegar aquí, el señor Jeromo, dándonos ejemplo, rompe a reír de un modo inmenso y ensordecedor temblándole entre los labios el cigarro acabado ya de liar...

—¿Y tú, lector de la ciudad; lector de la civilización, lector de la vida complicada y fría, no te ríes también ante este cuento absurdo e infantil, casto, honrado y primitivo, como un garpacho migado de pan moreno?..

¡Qué pena me da de tí si no te ríes!

JOSE MARIA PEMAN.

BIBLIOGRAFIA

«Horas de Luz»

Recientemente, en la pasada Cuaresma, se dió en la Catedral de Toledo un espectáculo insólito y edificante.

Al llamamiento hecho a los hombres por el Emmo. Sr. Cardenal Segura, acudieron éstos a la Santa Iglesia Primada en número de cerca de tres mil, que, familiarmente; sentado entre sus hijos, les dirigía el Padre y Pastor.

A los seis días de conferencias cien sacerdotes distribuidos por las naves

y capillas de la amplia Catedral, oían a los numerosos penitentes y el mismo Sr. Cardenal Primado hubo de estar oyendo confesiones hasta las altas horas de la noche. En la mañana siguiente el Emmo. Sr. Segura tuvo el espiritual consuelo de dar la sagrada Comunión auxiliado por diez Capitulares, a más de mil hombres.

Las Autoridades toledanas han querido tributar el más grato homenaje a tan celoso Prelado, editando las CONFERENCIAS, que habían sido tomadas taquigráficamente, y dedicando el producto íntegro de la venta a secundar las iniciativas del Emmo. Sr. Cardenal Segura, en favor de los emigrantes españoles del Sur de Francia, dando a la edición carácter popular y de propaganda, pues han señalado al ejemplar el insignificante precio de una peseta.

Y véase cómo unas cuantas pesetas que, a cambio de otros tantos ejemplares de «HORAS DE LUZ», se envían al depositario de la edición (A. González Carpio. Librería Escolar. Comercio, 49, Toledo) pueden ser a la vez HOMENAJE al Cardenal Segura, PROVECHO de nuestros compatriotas emigrados y DIFUSIÓN de ideas salvadoras.

La Lectura Popular

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho a recibir cien ejemplares de cada número y sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios feligreses, etc. o manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas establecimientos y otros centros.

Precio de suscripción directa:

Una acción...	4 peseta mensual
Media id.....	2 »
Un cuarto id.	1 »
Un octavo id.	0'50 »

Dirigir la correspondencia a don Diego Castaño, administrador de LA LECTURA POPULAR, Bellof, 3, Orihuela, (Alicante).

Tip. LA LECTURA POPULAR — Orihuela.